

ENRIQUE PEREZ COMENDADOR

## Javier de Winthuysen

In memoriam

Los años de la infancia y la juventud de Javier de Winthuysen se desarrollaron en un ambiente de gran libertad y armonía, con el apoyo y estímulo de sus padres, que le permitieron desarrollar sus talentos y sus intereses. Fue un niño curioso y activo, que buscaba constantemente el conocimiento y la comprensión de las cosas que le rodeaban. Su educación fue rigurosa y completa, con un fuerte acento en las ciencias y las letras. Sus padres le inculcaron los valores de la honestidad, la integridad y el respeto por los demás. Estas cualidades se convirtieron en pilares de su carácter y de su vida.

La vida de Javier de Winthuysen estuvo marcada por su dedicación a la ciencia y a la cultura. Desde su juventud se mostró un gran interés por el estudio y la investigación. Participó en numerosas actividades académicas y culturales, que le permitieron ampliar sus conocimientos y desarrollar sus habilidades. Su pasión por el aprendizaje lo llevó a explorar nuevos horizontes y a buscar siempre la excelencia en todo lo que hacía. Estas características se convirtieron en su sello distintivo y en el motor de su éxito.

La vida de Javier de Winthuysen estuvo marcada por su dedicación a la ciencia y a la cultura. Desde su juventud se mostró un gran interés por el estudio y la investigación. Participó en numerosas actividades académicas y culturales, que le permitieron ampliar sus conocimientos y desarrollar sus habilidades. Su pasión por el aprendizaje lo llevó a explorar nuevos horizontes y a buscar siempre la excelencia en todo lo que hacía. Estas características se convirtieron en su sello distintivo y en el motor de su éxito.

Desde su juventud mostró un gran interés por el estudio y la investigación. Participó en numerosas actividades académicas y culturales, que le permitieron ampliar sus conocimientos y desarrollar sus habilidades. Su pasión por el aprendizaje lo llevó a explorar nuevos horizontes y a buscar siempre la excelencia en todo lo que hacía. Estas características se convirtieron en su sello distintivo y en el motor de su éxito.

La vida de Javier de Winthuysen estuvo marcada por su dedicación a la ciencia y a la cultura. Desde su juventud se mostró un gran interés por el estudio y la investigación. Participó en numerosas actividades académicas y culturales, que le permitieron ampliar sus conocimientos y desarrollar sus habilidades. Su pasión por el aprendizaje lo llevó a explorar nuevos horizontes y a buscar siempre la excelencia en todo lo que hacía. Estas características se convirtieron en su sello distintivo y en el motor de su éxito.

Durante el próximo pasado mes de noviembre, con ocasión del primer centenario del nacimiento del artista, estuvo abierta en Madrid, organizada por la entonces, todavía, Dirección General de Bellas Artes, una gran Exposición de las obras pictóricas y proyectos de jardines de Javier de Winthuysen.

Abarcaba el conjunto obras desde las más juveniles, pintadas en Sevilla, hasta las últimas, realizadas poco antes de morir en Barcelona.

Las pinturas pertenecían a museos y colecciones particulares y, en buena parte, a sus hijas Salud, que devota y amorosamente ha reunido buen número de las mismas, incluso adquiriéndolas; Beatriz y María Teresa, estas dos ahijadas nuestras. Los proyectos de jardines fueron aportados y ordenados por Beatriz, venida con ese objeto de Washington, donde trabaja y reside.

Celebrada esta exposición a continuación de la del Impresionismo en España, constituyó, tanto porque venía ser complementaria de la misma como por la calidad de la obra expuesta, un acontecimiento artístico, siendo visitadísima, in crescendo, hasta los últimos días.

Un autorretrato de viva presencia en el que podíamos admirar la hidalguía y la espiritualidad del artista, situado en la sala de ingreso entre sus proyectos de jardines, recibía al visitante, y, en la gran sala del fondo, presidía el conjunto un busto en barro cocido, obra mía del año 1947.

Databa nuestra amistad del año 1920. Llegado yo de Sevilla, pensionado por aquel Ayuntamiento, le conocí en Madrid, donde él residía en aquella época.

La gran diferencia de edad, su distinción y porte señorial, más bien recatado, y la superioridad de su raciocinio me hicieron considerarle maestro. Frecuentó desde entonces mi casa-estudio y sus indicaciones y observaciones despertaron en mí la emoción ante la naturaleza y sembraron la inquietud y el afán de superación, que nunca me han abandonado.

Posteriormente, durante mi ausencia como pensionado en la Academia Española de Bellas Artes en Roma, y después durante la suya en Barcelona, mantuve con él correspondencia epistolar, interesantísima, que conservo.

Frecuenté con él, antes de mi marcha a Roma en 1934, unas tertulias en los cafés de la Granja el Henar y del Lyon d'Or en la calle de Alcalá, en la que en diálogo constructivo se sentaban con Winthuysen, Victorio Macho, Víctor de la Serna, Manuel Olarra, José Valdor, Antonio Porras, Emiliano Barral, alguna vez el joven poeta Celestino Vega, Miguel Pérez Ferrero, algún otro y Juan Héctor Picabia, también sevillano, hombre de gran ingenio y excelente pluma, cuya hija María, educada en el amor a la literatura y las artes, dio a Javier las dos hijas Beatriz y María Teresa, y fue apoyo, estímulo y providencia permanente —según él decía— del artista hasta su muerte. Ella recopila en abundantes escritos y memorias, ordenándolos, y prepara la publicación de los mismos.

Javier trazó el jardín de mi casa madrileña y aún hicimos juntos, con nuestras propias manos, buena parte de sus plantaciones. Admiraba Eugenio Hermoso —a quien Winthuysen tenía en grandísima estima— estas faenas y gustaba también de ellas. Cuando el gran pintor extremeño, que frecuentaba mi casa, venía a ella, antes de entrar se llegaba al jardín y besaba el olivo y la higuera por nosotros plantados y entonces todavía jóvenes.

De Javier y de Eugenio me viene el que sean para mí como una religión el Arte y la Naturaleza.

Durante los años de residencia en Barcelona, Winthuysen venía cortas temporadas a Madrid e indefectiblemente frecuentó las visitas a nuestra casa, en la que la deferente y sencilla acogida de Magdalena le hacían sentirse en familia, contándonos sus venturas y desventuras. Salpicaba la conversación, siempre amena, de anécdotas e historietas que con humor serio —casi nunca le vi reír— ponían en evidencia o en solfa personas y cosas. Algunas podría referir, mas no vienen a cuento en esta rememoración.

Winthuysen nace en Sevilla en 1874, muere en Barcelona en 1956. Discípulo primero de José Arpa y después del maestro Gonzalo Bilbao.

En 1903 marchó a París. Su gusto y estudio de la escultura clásica del Louvre, según él mismo escribió, “me proporcionó mi personalidad; el no ser un impresionista desordenado, sino sujeto a los cánones históricos, es decir, tomando el impresionismo como una aportación al clasicismo”.

Y haciendo historia de la trayectoria del arte contemporáneo y de cómo se hizo pintor continúa escribiendo en sus memorias:

“De modo que el impresionismo, que era una aportación a los valores clásicos iniciada inconscientemente, empíricamente, por los grandes artistas y que luego se consolidó con la ciencia, no se aceptó. No se comprendió. Pero en cambio todos los disparates posteriores, ajenos en absoluto al clasicismo, al academicismo y a la más simple razón, éstos quedaron aceptados. Infinitos ismos a cual más vanos y estúpidos, hasta llegar a lo *abstracto*.”

A la abstracción del sentido común.”

En 1917 y en 1924 expone en Madrid y los artistas e intelectuales más destacados de aquel momento le clasifican como uno de nuestros primeros paisajistas y figura paralela a la de Darío de Regoyos, aunque en verdad tenga más conexión con Beruete, por el que sintió siempre gran admiración.

Su padre, que fue marino y después concejal del Ayuntamiento de Sevilla, celosísimo y amante encargado de sus jardines públicos, hizo que se despertase en el hijo la afición a la naturaleza en un tiempo en que “en Sevilla, aunque país de flores, los árboles de ornamentación, que eran la pasión de mi padre —escribe Winthuyesen—, no importaban un pito”. Hoy son ornato y orgullo de la ciudad.

Tras la estancia en París, reincorporado a la patria.

Circunstancias de su vida, desdichadas, su inclinación desde niño a la naturaleza y determinados encargos le convierten en arquitecto de jardines. En sus memorias explica cómo nació en él esta faceta de su actividad artística.

Escribió desde entonces mucho sobre jardines y pronunció conferencias en París, Londres y algunas ciudades españolas. Rehizo en su traza clásica el jardín del Palacete de la Moncloa, con tal éxito que se suceden los encargos de jardines para entidades oficiales y particulares. En 1930 se publica su libro “Jardines Clásicos de España”, que tuvo gran resonancia.

Javier le dio gran importancia a su obra de jardinería. Juan Ramón Jiménez —con cuyo paisajismo literario se ha parangonado el paisajismo pictórico de Winthuyesen—, en un bello retrato literario, le denomina “oso jardinero”, pero Winthuyesen proyectó jardines no como un oso sin ágel, sino con Gracia mayor, como un artista del Renacimiento; se sujetó a la indeclinable ordenación arquitectónica, poniendo en ellos más arte que vigir científico, e imaginándolos con las plantaciones crecidas, con su diversidad de

tonos, de planos, de luces y de sombras. Desde que los concebía, los impregnaba, como a sus cuadros, de un sentimiento poético y después, al igual que un artífice de otros tiempos, no sólo dirigía la construcción y plantaciones, sino que, con sus propias manos, sin remilgos de ningún género, colocaba amorosamente, con capataces y peones, cada elemento en el lugar concebido, de un modo o de otro, ni más allá ni más acá, donde, con el tiempo, la vida vegetal, los agentes atmosféricos y la luz producirían el efecto soñado, aquel embrujo que sus jardines tenían.

Fue el primero que en España, en los tiempos modernos, reabilitó el rango y nobleza del arte de la jardinería. Algunos arquitectos jóvenes continuaron el camino por él iniciado, y su hija Beatriz, formada a su lado, en posesión del título de arquitecto de jardines, obtenido en la Universidad de Haward, afincada en Washington y allí casada, continúa la tradición familiar trabajando junto con su esposo, igualmente arquitecto de jardines.

Ejerció Winthuysen casi hasta su muerte el cargo de "Inspector General de jardines artísticos y de parajes pintorescos de España", titulación rimbombante y remuneración ridícula y al final nula, que, recorriendo nuestra piel de toro, le obligaba a viajar en tercera clase, hospedarse en fondas de mala muerte y vivir estrechamente, pero él lo soportaba elegantemente por amor y cuidado de su cometido. No obstante, se le respetó el cargo, como homenaje a su meritísima labor, a través de cambios políticos y de regímenes.

Los últimos jardines por él reconstruidos o restaurados fueron, entre otros, el de Monforte en Valencia, que en su compañía visitamos; el de las murallas de Ibiza, el Lago de Bañolas y la Alameda de Osuna.

El era pintor por temperamento y condición. Habíase destacado cuando aprendiz entre los discípulos de Gonzalo Bilbao; mas pronto, conociendo por el Maestro lo que en París se hacía, guiado de su vocación independiente, tomó rumbos propios y quemó las naves; esto es, liquida su saneada hacienda y junto con su esposa, Salud Sánchez Mejías, hermana del famoso torero, de la que tuvo sus hijos Javier, muerto durante la guerra civil, y Salud, la consume en París. Se quedó allí sin patrimonio, pero se enriqueció de cuanto para un artista vale más que el dinero y conservó de por vida los modos y el porte señoriales, la generosidad y un puro, desinteresado amor por las artes y las cosas de la inteligencia.

Aquel hombre, tan templado y tan desprendido de su persona,

que hizo jardines con el mayor rigor formal y geométrico, fue un gran pintor y pintaba como evadiéndose de sí mismo y de cuanto le solicitaba.

La calidad de la obra pictórica de Winthuysen se basa en su medida clásica y en la luminosidad ambiental, en la que los colores cantan de modo que éstos "sean formas iluminadas", según él propugnaba.

Sus paisajes son pura poesía, se extasiaba ante la Naturaleza y captaba sobre todo la luz y su irización, el color, la atmósfera indefinible y el espacio infinito que nos conmueven. Los captaba y nos los transmitió quintaesenciados. Los más finos acordes, los matices deleitosos, un como temblor del aire y de las cosas y dominándolo todo y, con ello, el sentimiento poético, la sensibilidad exquisita de pintor, la retina que todo lo abarca.

Tras aquellas circunstancias de su vida que le llevaron por largos años a entregarse casi exclusivamente a la jardinería, el paisaje catalán, Barcelona y su entorno, donde afincó cuando terminaba nuestra última guerra civil, hace revivir en él al pintor y así declara: "Como pintor mi mejor etapa es esta última de Cataluña; he trabajado la naturaleza y lo que parece una cosa ligera está hecho con mucho esfuerzo".

Sin embargo, sus paisajes aún juveniles de Madrid y el Guadarrama, sobrios y de tonalidades velazqueñas, cuentan para nosotros entre lo más logrado de su obra.

Antes y entonces, desde su estancia en París, fue siempre un impresionista afanoso de llevar al lienzo con un lirismo directo aquello que su retina vivaz al servicio de un entendimiento poderoso gozosa y sutilmente captaba.

Así el pintor y el jardinero y, como muestra basta un botón, el escritor.

Calmoso aparentemente y en verdad indolente, más hombre de pensamiento, su obra, cuando recopilada pueda ser considerada en conjunto, sorprenderá por su enjundia y vastedad.

Al hombre siempre enhiesto y altivo hasta sus ochenta años, le vimos allá en el Tibidabo en su última primavera, precisamente en el mes de la flores, a él que tanto las amó, lacio, falto de vida, muy postrado y sólo llegó a la mitad de aquel verano.

Fue Javier de Winthuysen una personalidad fuera de lo común, tan original que su memoria nos conmueve. Allí donde estaba su aire de gran señor, su grave y varonil apostura y una conversación muy peculiar, de conceptos siempre inesperados, de gracejo y agu-

deza extraordinarios, en la que los razonamientos como sentencias y chirigotas a veces estremecedoras se entremezclaban e imponían su presencia.

Ya en sus últimos días, cargado de años y de alifages, viendo cómo se le acercaba la muerte, la aguardaba con calma y aún bromeaba sobre ella. No obstante, hablaba de sus jardines, de sus verdes arquitecturas y sobre todo de su primero y gran amor: la Pintura.

Sevillanísimo, pese a su apellido flamenco, a sus ojos azules y rubios cabellos.

Conoció la pobreza, y ni ésta ni las más graves contrariedades de toda índole le hicieron bajar la cerviz ni dejar de ser quien era.

Uno de los pocos hombres barbudos de aquel tiempo, pese a su afabilidad, a su fabulosa imaginación que le hacía inventar, una tras otra, historietas regocijantes, dramáticas y aún crueles, nunca consintió que nadie se le subiese a las barbas. A más de un miliciano, durante la guerra civil, le metió el resuello en el cuerpo.

Javier de Winthuysen, una de las más claras inteligencias que nos ha sido dado conocer, talento natural de primer orden, gran artista, nació rico y vivió pobre y altivo, entregado siempre a su vocación artística, en silencio, dándosele un comino la fama y las recompensas, el ruido publicitario y al margen de competiciones, que las más de las veces muy poco tienen que ver con el Arte. Sencillo a un tiempo, gran señor andaluz, careció, "rara avis in terre", de vanidad.

Sea en esto ejemplo para todos en la feria comercial, camelística y lucrativa, de entrega a la violencia y a la estulticia, que nos ha tocado vivir ahora.

E. PÉREZ COMENDADOR

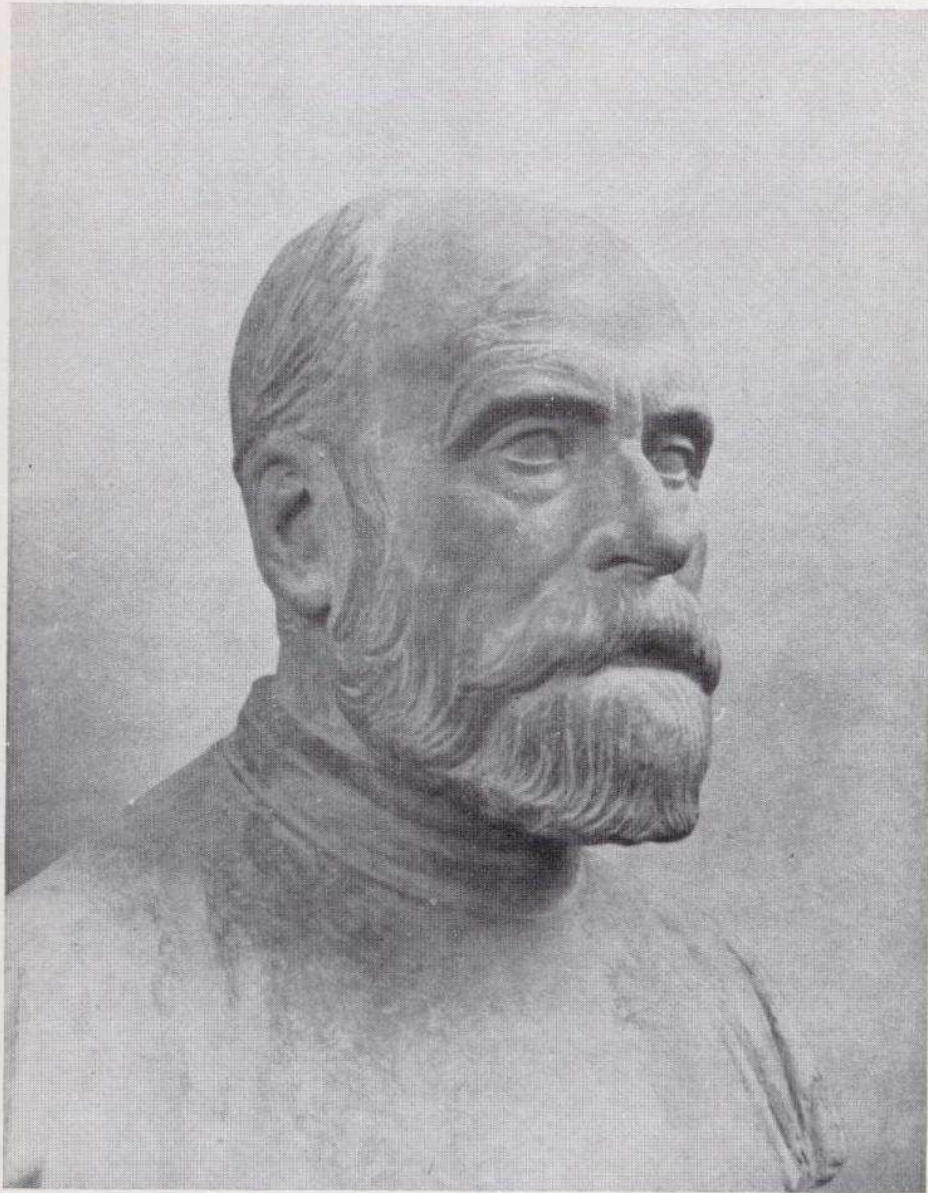


Lámina I.—Javier de Winthuysen. Barro cocido. Escultor: Comendador. 1947.



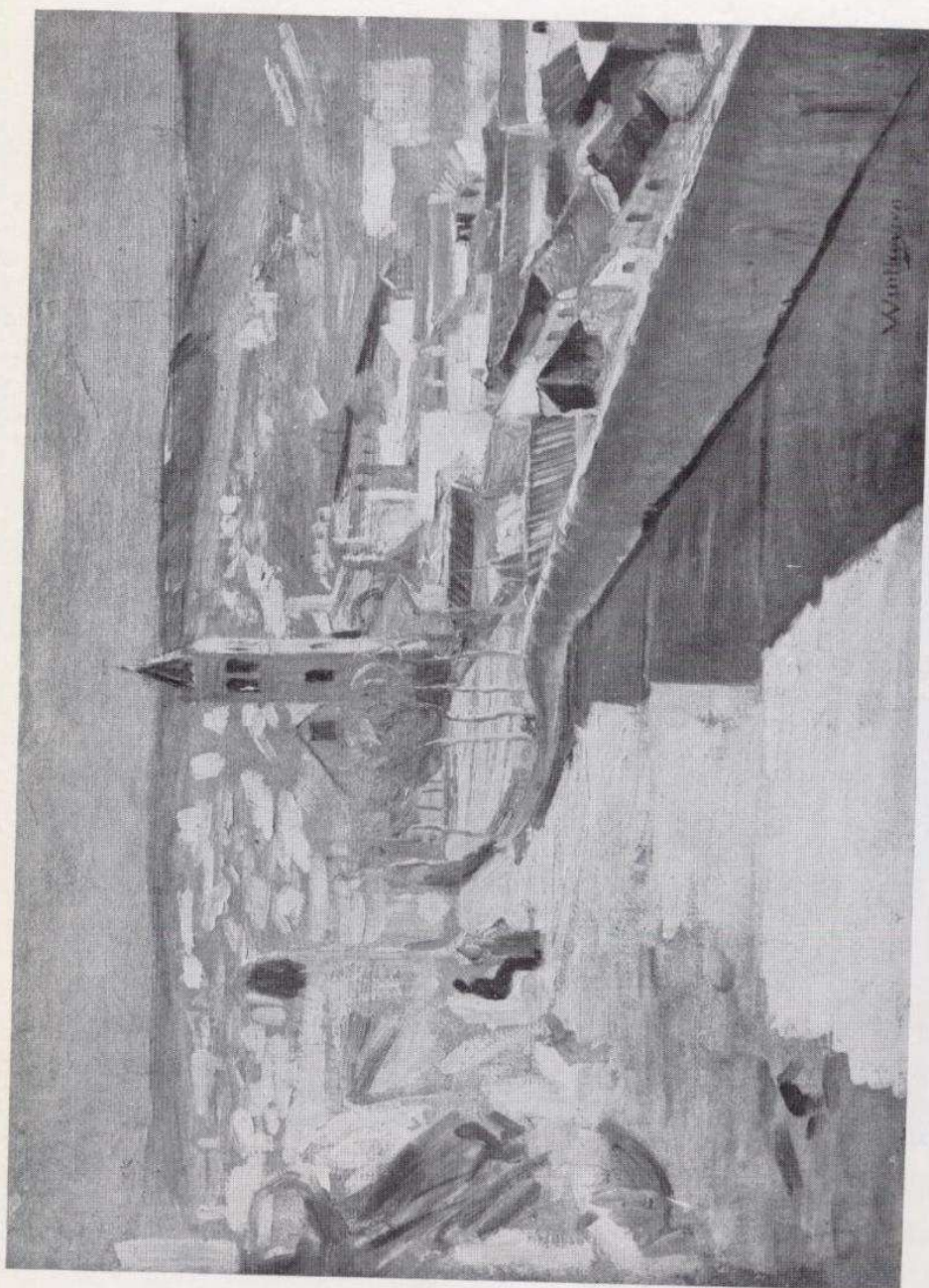


Lámina II.—Winthuisen: Alcalá del Río.



Lámina III.—Winthuisen: Jardín.